



La evolución afectiva, vida en grupo y la rivalidad fraterna en el niño de 6 a 9 años (II)

En otro tema hemos trabajado sobre cómo se aprende el comportamiento, en este vamos a ver cómo puede cambiarse y corregirse para que mejore, aprovechando esta etapa temprana del niño (6 a 9 años); pero no olvide que las bases son las mismas y que la ATENCIÓN DE LOS PADRES, positiva o negativa, refuerza la conducta de los hijos.

La corrección del comportamiento.

Cuando se quiere que una conducta desaparezca, hay que enseñar otra que la sustituya.

El niño aprende y se desarrolla mejor a partir del reconocimiento de sus aciertos que de la crítica de sus fallos, si alentamos sus aciertos y conductas positivas, esto redundará en un mejor aprendizaje y desarrollo; en cambio si criticamos sus errores estamos echando abajo esta labor.

Es importante resaltar si hay que cambiar algo, en qué línea y cómo hacerlo, es necesario tener organización y disciplina, no vale decir “tarda mucho en comer” o “no recoge nunca sus juguetes”, hay que observar y anotar qué pasa cada vez que sucede, y así sabremos que partimos de una realidad y no de las impresiones del momento.

Sobre todo esto vamos a tratar. ¿Cómo corregir una conducta que nos resulta desajustada o es negativa? ¿Cómo reemplazarla por otra que es positiva?

Herencia y Educación.

Muchas veces cuando hablamos del comportamiento del niño nos referimos a su conducta, hábitos o tendencias que éste ha ido adquiriendo en la medida que se fomenta su autonomía y adquiere responsabilidades.

Es tendencia de padres y familiares achacar entonces, algunas conductas negativas o indeseadas a que si el niño es así porque se parece al padre o a

tal pariente, o porque si lo educamos de tal manera; y, en realidad, ambos factores, herencia y educación, están estrechamente ligadas y pueden incidir en un comportamiento determinado.

El niño al nacer no sólo hereda de sus padres biológicos rasgos que le identificarán o similitudes con sus progenitores, no tiene sentido de diferenciación entre el mundo de las cosas y el mundo de las personas. A medida que madura y crece las va estableciendo poco a poco y descubriendo su identidad física, va adquiriendo una vaga conciencia de su ser personal. Por ello hereda características propias, físicas y psicológicas, que no sólo le identificarán sino que también le permitirán conformar su personalidad.

En cambio, la educación que este niño va a recibir, ya sea de forma controlable (escuela, hogar, círculo infantil) o indirecta (personas allegadas, citas o lecturas ocasionales, etc.) le ayudarán a conformar una conducta determinada según la situación en que se encuentre.

Así, si el niño se encuentra en una situación desconocida o incierta para él, su primera reacción será el temor, el llanto, la búsqueda de protección, etc.

Por todo ello decimos que la personalidad del niño es el producto de todas las relaciones interpersonales que le han influido, y en las que se ve envuelto; y ésta recibe influencias directas de las leyes de la herencia o las que llaman algunos psicólogos factor biológico y de la educación, y que a su vez, determinarán la aparición de distintas formas de conducta a diferentes

edades, que el ámbito socio-cultural tiende a modificar de cierta manera, y acorde con los conceptos y tradiciones prevalecientes en cada grupo social.

También es importante la atención de los padres sobre las conductas indeseadas de sus hijos, ya que el niño es así o se comporta de cierta manera porque una herencia determinada ha contado con un ambiente concreto, que lo ha ido conformando de determinada manera, reforzando o modificando determinados rasgos heredados.

A medida que el niño crece, el influjo socio-cultural es un factor que debe ser tenido en cuenta, como modificador de su comportamiento; y en ello la herencia tiene mucho que ver y hasta determinar. Por otro lado, las relaciones padre-hijo en la vida familiar son, por consiguiente, de importancia fundamental en la estructuración de la personalidad.

Hogar.

La familia es evidentemente un cuerpo sumamente compacto. Psicológicamente, consiste en una verdadera red de relaciones recíprocas, sometidas a tensiones normales; y a veces, a fricciones anormales. La imagen evolutiva de la vida familiar que va formando el niño para sí es principalmente resultado de sus experiencias en el círculo hogareño.

Si prevalece la armonía, ello ayudará a integrar sus orientaciones, a dirigir sus afectos y corregir sus conductas negativas. Cuando se observa una conducta determinada por los padres o abuelos y se establece un plan, se debe también, en coordinación con todos los miembros del hogar, “observar” cómo responde el niño en la corrección de su conducta, ya que, siempre que se cree un plan de este tipo, debe existir una armonía familiar; si este no tiene el éxito deseado, de seguro pueden elaborar otro, con cierta metodología que se adapte al niño en cuestión; de no ser así y de común acuerdo, ambos padres deberán buscar ayuda especializada en la comunidad (psicólogos, médico de la familia, asistente social, etc.)

No olvidemos que la organización básica de la personalidad tiene lugar en los primeros cinco años de vida; y por ende, las relaciones padre-hijo en la vida familiar son de importancia fundamental en la estructuración de la personalidad.

Un hogar bien organizado, que proporcione un normal cuidado paternal es la mejor garantía para el desarrollo de conductas adecuadas según la edad del niño. En cambio, las desavenencias entre los padres e incluso con otros miembros de la familia provocan no sólo el rechazo, la rebeldía, sino también conductas que afectan al niño y su seguridad física y emocional.

Educación.

El juego puede ser de gran ayuda para los padres

ya que la imitación constituye la más importante vía de aprendizaje de cosas nuevas, o sea, de enriquecimiento de la personalidad, y por esto, enfatizamos en el control y observación de nuestras reacciones ante comportamientos indeseados, así como el estudio del hecho, de las veces que ocurre y circunstancias con los que se relacionan dichos comportamientos.

Si se observa la interacción madre-hijo, llama la atención la gran cantidad de órdenes, prohibiciones, y directivas innecesarias que se plantean al niño, impuestas por el adulto de forma automática (¡No toques esto que quema! ¡Recoge el juguete!, etc.)

Lo correcto es reducir al mínimo las prohibiciones, imponiendo sólo las racionales dictadas en orden a su seguridad y protección, facilitando al niño juguetes, espacio y condiciones de seguridad física para que ejerza sus iniciativas. Con el juego el niño tiene la más importante vía de consolidar lo que ha aprendido y de corregir sus errores.

Importante.

Una conducta indeseada nunca desaparecerá si no la apoyamos o reforzamos con otra conducta positiva que la sustituya radicalmente; y, que a su vez, sea incompatible con la indeseada.

Así, cuando vemos que nuestro niño no come y rechaza el alimento, normalmente sucede que el niño no come la cantidad que le da la madre cree que debe comer, y que no necesita realmente, o si presenta caprichos alimentarios e irregularidades en el ritmo de alimentación (no come a sus horas, la comida no es una experiencia agradable para los padres y el niño, si éste no tiene libertad para comer solo o para escoger sus alimentos).

Si la alimentación se convierte en una “batalla campal” sólo puede conducir a resultados negativos. El niño utiliza el rechazo y todas sus técnicas con habilidad sorprendente, entonces no sólo se rebelará ante la presión que se ejerce, sino que utilizará las reacciones de los adultos y la situación creada como instrumento para controlar y dominar a su vez.

Aplique entonces el plan elaborado: observe y defina la conducta como padre interesado. No le preste atención, no presione directa o indirectamente con expresiones orales o faciales de ira o disgusto. Déjelo solo y poco a poco volverá a la normalidad.

